



Monseñor
Octavio Ortiz Arrieta sdb



Monseñor

Octavio Ortiz Arrieta

Por el P. Cosme Robredo sdb
Vicepostulador

El 19 de abril de 1878, Viernes Santo, a las tres de la tarde, nacía un niño que sería bautizado el día primero de Junio del mismo año, en la Iglesia del Sagrario de la Catedral de Lima. El nombre que recibió el niño fue: **Pedro Octavio Vicente Ortiz Arrieta Coya.**

Los padres de este niño, vivían en la calle de la Pelota, en pleno centro de Lima, en lo que hoy se llama Jirón Camaná. Su hogar se vio alegrado por nueve retoños, cinco varones y cuatro mujeres. El niño Octavio, que con el tiempo llegaría a ser Obispo de Chachapoyas y gloria de la Iglesia Peruana, es limeño y de raigambre limeña.

Un hermano suyo, Leonardo Arrieta fue, un gran actor de teatro, que triunfó en Perú y Chile. Restringió su apellido paterno, Ortiz Arrieta, al solo Arrieta por respeto a su hermano Obispo.

Las calles limeñas sabían de los Juegos y alegrías de los Ortiz Arrieta.

Octavio aprovechaba los vientos, tan

constantes y suaves en el invierno, para lanzar su cometa. Ya adolescente, se contagió de la afición a los toros y se iba a la Plaza de Acho para aprovechar el entrar a la “segundilla”.

SALESIANO

Los Salesianos en 1891, se establecieron en el Rimac. El jovencito Octavio se sintió atraído por los juegos, la música, la espontaneidad, la alegre y juvenil piedad del llamado **Oratorio Salesiano** y se convirtió en asiduo frecuentador de sus patios y aulas.

Un día, la víspera de la Inmaculada, el 7 de diciembre de 1893, entraba en el internado que los Salesianos habían abierto. Octavio se había encontrado con Don Bosco y nunca se separó de él.

El 22 de enero de 1900 profesó como Salesiano. Su vida se centraba en Dios y en las almas. *“Dame almas, lo demás no me interesa”*: era el lema de San Juan Bosco que Octavio hizo suyo para toda la vida.

Sus estudios filosóficos, sus prácticas magisteriales, el estudio de la sagrada Teología, como preparación al Sacerdocio, todo eso lo hizo en el Colegio Salesiano del Callao.

Tal era su prestigio y tales sus cualidades y responsabilidad que, aún no sacerdote, fue

designado Fundador y Director de la Casa de Piura. Ahí puso sólidas bases a la fundación.

Al cabo de un año, en enero de 1907, recibió en Trujillo, las Órdenes Sagradas del Subdiaconado, Diaconado y Sacerdocio.

En el año 1910, es nombrado de nuevo Director de la Casa de Piura. Posteriormente lo fue de los Colegios del Cusco y del Callao.

OBISPO

El 11 de junio de 1922, era consagrado **Obispo de Chachapoyas** en la Iglesia de María Auxiliadora de Breña. El 23 de Julio llegaba a la ciudad de Chachapoyas.

La Diócesis de Chachapoyas, en aquel entonces, era una de las más extensas del Perú.

Comprendía los departamentos de Amazonas y San Martín. Tenía unos 87,000 Km2 con una población dispersa de unos ciento sesenta mil habitantes. No tenía carreteras. Estuvo totalmente aislada hasta la llegada del primer avión en 1930.

A pesar de las dificultades de las comunicaciones, Monseñor Octavio no dejó de visitar cada cinco años todos los poblados de su inmensa Diócesis. Nada le hacía interrumpir su prometida visita. Ni las cumbres heladas, ni los valles calurosos, ni la

enfermedad, ni los precipicios, ni las selvas enmarañadas, ni los caudalosos ríos. Todo lo afrontaba con su imperturbable paciencia. Sólo una vez tuvo que retrasar, no suprimir, su visita. Tuvo una grave caída en lo alto de la sierra. Se desbarrancó por un precipicio. Él mismo indicó a los arrieros cómo construir una camilla y llevarle hasta el próximo pueblo de Molinopampa donde, llegando, a media noche se dirigió al pueblo congregado en silencio en la plaza y les dijo: *"Tengo rotas las costillas, el brazo y la clavícula, pero yo he venido a hablar y la lengua la tengo bien..."* y les dirigió una plática durante media hora hasta que llegó el médico que le prohibió seguir.

HOMBRE DE DIOS

Tenía una fe elocuente, todos los días iba a la Catedral a rezar el Santo Rosario con el pueblo. Sólo el verlo de rodillas ante la Eucaristía era toda una lección de fe.

Solemnizaba con gran esplendor las fiestas del Corpus Christi, que siempre procuraba celebrar en la sede principal, haciéndola preceder de una Semana Eucarística.

Acudió a los Congresos Eucarísticos Diocesanos o Nacionales que se celebraron en el Perú y organizó con gran celo el Congreso

Eucarístico Diocesano de Chachapoyas, modelo de organización y de eficacia pastoral.

Cuidó todos los templos derrumbados en los terremotos. Organizó una Asociación para conservar en la Diócesis todos los ornamentos, y en buen estado.

Cuidaba la limpieza de la Iglesia. Para él la Casa de Dios, la lectura sagrada, la administración de sacramentos, el culto divino merecían toda su solicitud.

Pero con el mismo amor con que se acercaba a Dios, se aproximaba a los hombres. Su caridad era una caridad de cercanía. Desprendido, daba cuanto tenía a los pobres, pero lo hacía muchas veces a través de otras personas. Él, además de dar lo poco que tenía, se daba a sí mismo. Los niños acudían a su casa a contarle las incidencias del colegio; se sentaban en el suelo del salón episcopal, para escuchar con el Obispo los partidos de fútbol, valiéndose del primer receptor de radio que hizo llegar a Chachapoyas para deleite de su grey infantil. Con frecuencia les repartía juguetes. En la calle se dejaba abordar por unos y por otros.

La gente se le acercaba y él se acercaba a la gente. Era un padre que no dudaba en hablar con quienes veía que se apartaban del recto camino. Les buscaba y les seguía.

Una predilección especial tuvo con sus seminaristas y con sus Sacerdotes. Ellos se sentían queridos por él y reconocen que, aun

en las correcciones que tenía que hacer, mostraba su sufrimiento al amonestar; lo hacía sin humillar nunca.

Fue un catequista inigualable. Todos los domingos asistía personalmente a la catequesis. Él mismo preparaba a los alumnos con una serie de conferencias para que hicieran la comunión pascual.

Iba a la cárcel a atender a los presos.

En sus visitas pastorales no faltaba nunca la conferencia moral y la atención para los convivientes, logrando con frecuencia que aceptasen el Sacramento del Matrimonio. En sus catequesis era sumamente intuitivo y se hacía comprender por su gente.

En una ocasión una pareja se le presentó para pedirle el divorcio de su matrimonio canónico. Les aseguró que al día siguiente lo haría en la Iglesia. Y allí acudió la pareja, rodeada de muchos curiosos. Monseñor llegó. Les hizo ponerse de rodillas en el Presbiterio y mientras rezaba, tomando el hisopo daba golpes alternativamente en sus cabezas, cada vez más fuerte. Hasta que uno de los cónyuges, dolorido, le dijo: "Taita Obispo ¿cuándo quedaremos descasados?" y él les contestó: "cuando uno de los dos muera". Así ellos y todo el público aprendieron la lección de la Indisolubilidad del matrimonio.

Dejaríamos muy incompletos estos rasgos biográficos si no mencionáramos el gran

amor de Monseñor Octavio a la Santísima Virgen.

Siempre propagó la devoción a María como Auxiliadora del Pueblo Cristiano. A la vez, cercano a su pueblo, fomentó las devociones que encontró, en modo especial bajo las advocaciones de Inmaculada, Perpetuo Socorro y el Carmen. Como muestra de amor a María ha quedado la coronación canónica de la Virgen de Asunta, Patrona de Chachapoyas, que realizó en nombre de su Santidad Pío XII.

HUMILDAD

Hay una virtud que está en la base de toda santidad y que todos los que le conocieron recuerdan en Monseñor Octavio: su profunda humildad.

La humildad, que es transparencia de la verdad ante Dios, brillaba en él continuamente.

Su contacto con los más humildes no rehuía las comidas más pobres, ni los hospedajes más desabridos. Dormir en el suelo de una choza, mordisqueado por los cuyes, era para él ocasión de alegría. Dormir en una mesa, o en una batea, mientras que su secretario dormía en una confortable cama de campaña, era para él ocasión de humor.

Amaba a los pobres porque era pobre y lo evidenciaba en su ropa, limpia pero siempre pobre. Nunca estrenó ropa nueva, sino que se servía de ropa usada.

Invitado a ser Arzobispo de Trujillo y más tarde de Lima, declinó tales destinos considerándose unido para siempre con la pobre Diócesis de Chachapoyas.

HACIA LA VIDA ETERNA

Todos lo recuerdan hoy como un santo que marcó con su presencia el pueblo de Chachapoyas. Su Santidad Juan Pablo II recuerda con frecuencia que nuestro tiempo tiene necesidad de Santos. Monseñor Octavio es uno de estos Santos contemporáneos que es modelo de vida cristiana para todos, pastores y fieles.

Enfermo de gravedad en Lima, quiso aprovechar una mejoría para regresar a Chachapoyas y fallecer entre los suyos. Era un 1º de Marzo de 1958. En el mes de Marzo, mes de San José, el Patrono de la Buena Muerte. Era el primer sábado de mes, día consagrado en especial a María Santísima. Hoy sus restos son honrados en la Catedral de Chachapoyas. Él sigue presente en el recuerdo de cuantos lo conocieron y de cuantos invocan su valiosa intercesión.



ORACIÓN

¡Oh Señor! Tú, que en tu siervo Octavio, has hecho brillar la fe, la humildad y la caridad bondadosa, concédenos imitar sus virtudes, para que, como él, sepamos amarte a Ti en el amor y servicio a nuestros hermanos. Concédenos la gracia, si así conviene, que te pedimos (...), para que tu amor misericordioso sea glorificado en el recuerdo de tu siervo Octavio. Te lo pedimos por Cristo Nuestro Señor.

Imprimatur 1-8-1988. El Cardenal Arzobispo Primado del Perú.

La relación de las gracias concedidas y los donativos para su Causa de Beatificación, envíense al: Vicepostulador de la Causa de Beatificación de Mons. Octavio Ortiz Arrieta, Avda. Brasil 328, Apto. 0072 - LIMA 5

Para un conocimiento mayor de Monseñor, le agradecerá leer la biografía titulada: "Una Perla de Salesiano" por el P. Eugenio Pennati sdb